

LA OBRA POÉTICA DE JOVELLANOS

JOSÉ ANTONIO PÉREZ SÁNCHEZ

Catedrático de Lengua y literatura

IES. Carmen y Severo Ochoa

Luarca - Asturias

Es lugar común en la crítica literaria jovellanista afirmar que el nombre de Jovellanos no tendría hoy el prestigio que tiene si sólo se conservasen sus obras poéticas. La ganada y merecida fama de Jovellanos se ha labrado en sus magníficos tratados de educación, de economía, de política, en sus diarios y confesiones. No ha sido el siglo XVIII una época propicia para la lírica, ha habido pocos y no demasiado brillantes poetas. “Jovellanos - dice José Miguel Caso¹- es figura muy decorosa, y que en algunos momentos se pone a la cabeza de todos”.

Jovellanos escribe poesía desde su juventud hasta su muerte. A los veinte años, en 1764, empezó probablemente a escribir sus primeros versos. En estos momentos siguen llamando la atención las formas barrocas, hasta que en la tertulia de la popular Fonda madrileña de San Sebastián, en los nuevos tiempos de Carlos III, se reúnen asistentes del mejor mundo literario del momento, y otros contertulios, que tenían como “único estatuto” no hablar sino “de teatro, de toros, de amores y versos”. Allí estaban, entre otros, los dramaturgos García de la Huerta y Nicolás Fernández de Moratín, y Cadalso, y Tomás de Iriarte, el fabulista. Los escritores que allí acuden van a encarnar los tres aspectos más importantes de la poesía de la época: la imitación de la poesía del Siglo de Oro (Garcilaso y Fray Luis), la poesía anacreóntica: una renovada y gozosa visión del paisaje y la fábula, acompañada por dos elementos esenciales: la sátira y la pedagogía.

La Fonda de San Sebastián fue un foco de renovación lírica que se extendería a otros lugares españoles, por ejemplo a Sevilla, donde Jovellanos permanecerá, desde 1768, como alcalde de Cuadra de la Audiencia –veinticuatro años cumplidos- y en los inicios de su carrera de togado, hasta el 2 de octubre de 1778, que deja la capital hispalense, “bañado en lágrimas” y dejando en igual situación a sus compañeros”, como recuerda Ceán Bermúdez, con destino a Madrid, para ocupar el cargo de Alcalde de Casa y Corte.

Seguramente María Teresa Caso, o algún otro participante en estas Jornadas, les habrán hablado de la época sevillana de Jovellanos, fundamental en su modo de pensar y de su modo de escribir. Sólo pretendo hablarles ahora de su manera de escribir poesía.

Y para empezar, nos preguntaremos: ¿qué lee Jovellanos cuando es un joven que impresiona por su capacidad dialéctica, por sus formas, por su manera de pensar? En su biblioteca sevillana, según un inventario de 1778, hay obras de todo el siglo XVIII, y fundamentalmente castellanas. Pero también inglesas, francesas, latinas, italianas y portuguesas. Autores como Bacon, Hume, Milton, La Fontaine, Voltaire, Rousseau, y sobre todo, los clásicos: Tácito, Lucrecio, Marcial, Tibulo, Terencio, Horacio... Y muchos libros prohibidos por la Inquisición, a la que, hombre precavido había pedido correspondiente licencia, que le fue concedida el 9 de agosto de 1771.

¹ José Miguel Caso González, *Biografía de Jovellanos*, Fundación Foro Jovellanos del Principado de Asturias, Gijón, 1988, p. 32

En Sevilla, Jovellanos además de leer versos, empieza a escribirlos. Son versos de amor, casi todos, y en ellos habla de lo que él mismo califica como “una pequeña historia” de sus “amores y flaquezas”. Las mujeres de las poesías de Jovellanos están ocultas bajo nombres poéticos: *Enarda*, *Clori*, *Marina*, *Belisa*, *Galatea*, *Alcmena*. Jovellanos conservaría hondos recuerdos en su memoria de su particular historia de amor con *Enarda*, que era Gracia Olavide, la hermana del famoso intendente de Sevilla², por la que el reformador Jovellanos se sintió intensamente atraído en su época sevillana. Muchos años después, en 1807, en una carta que envía a González de Posada, copia un soneto dirigido a Enarda, “que –escribe a su amigo- no quedó en la memoria por ser bueno, sino por otras circunstancias”. Jovellanos recordará este soneto que había escrito hacia 1768, casi cuarenta años antes:

Quiero que mi pasión ¡oh Enarda! sea,
 menos de ti, de todos ignorada;
 que ande en silencio y sombra sepultada,
 y ningún necio mofador la vea.

Hazme dichoso, y más que nadie crea
 que es de tu amor mi fe recompensada:
 que no por ser de muchos envidiada
 crece una dicha a superior idea.

Amor es un afecto misterioso
 que nace entre secretas confianzas,
 y muere al filo de mordaz censura;

y sólo aquel que logra, ni envidioso
 ni envidiado, cumplir sus esperanzas,
 es quien colma su gozo y su ventura

(O.C. I. Soneto IV, p. 160)³

Pero, ¿qué era para Jovellanos la poesía? Sin duda, sus ideas sobre la poesía, muy del siglo XVIII, van a condicionar y cohibir buena parte de su obra lírica. Hay un texto que se considera fundamental para conocer el pensamiento de Jovellanos en torno a la lírica. Se trata de la *Carta* que dirigió a su hermano, Francisco de Paula, dedicándole sus poesías, hacia 1779 o principios de 1780. Dice en ella que sólo a sus más íntimos había dado a conocer sus versos. “De un lado por su poco valor y haber sido compuestos en escasos ratos de ocio y sin haber logrado la corrección y pulimento necesarios”. “Pero sobre todo –añade inmediatamente- nada debió obligarme tanto a reservarlos y esconderlos, como la materia sobre la que generalmente recaen. En medio de la inclinación que tengo a la poesía, siempre he mirado la parte lírica de ella como poco digna de un hombre serio, especialmente cuando no tiene más objeto que el amor”. Y continúa: “Vuelvo a decir que la poesía amorosa me parece poco digna de un hombre serio... “Pero, prescindiendo de su poco mérito, es preciso ocultarlas (las poesías)

² Pablo Antonio de Olavide y Jáuregui (Lima, 1725 – Baeza (Jaén), 1803), político y escritor español, que vivió en España desde 1752.

³ Gaspar Melchor de Jovellanos, *Obras Completas. Tomo I. Obras literarias*, Centro de Estudios del siglo XVIII, Oviedo, 1984 (Edición crítica, introducción y notas de J. M. Caso González).

porque son versos. Vivimos en un siglo en que la poesía está en descrédito, y en que se cree que el hacer versos es una ocupación miserable. No faltan entre nosotros quienes conozcan el mérito de la buena poesía, pero son muy pocos los que saben, y menos los que se atreven a premiarla y distinguirla. Y aunque no sea yo de esta opinión debo respetarla, porque cuando las preocupaciones son generales, es perdido cualquiera que no se conforme con ellas”.

Gerardo Diego⁴ supone que en estas palabras había un poco de insinceridad, porque no sólo cultivó la poesía en sus años de juventud, sino a lo largo de toda su vida. Para el poeta santanderino esta carta de Jovellanos a su hermano era una disculpa que Jovellanos anticipaba a los futuros lectores de sus poesías y que posiblemente estaba pensada para servir de prólogo a una hipotética edición.

Caso González cree en la sinceridad del escritor, porque en otras muchas ocasiones había expuesto idénticas ideas, y es casi seguro que destruyó efectivamente una parte de sus versos, no los peores, sino los más íntimos. “Nada tiene de censurable esta aparente contradicción, dice J.L. Alborg⁵, era natural que Jovellanos amara su obra lírica, en la que había vertido sentimientos irrenunciables y sus ideas más arraigadas, y que gozara comunicándola a sus amigos, para los cuales multiplicaba las copias de sus versos; pero sentía a la vez, con su característica gravedad y alto concepto que tenía de su papel de hombre público, el rubor de entregar su intimidad al lector común y hacer públicos unos escritos que las ideas de su tiempo estimaban como tarea secundaria. La hora de la belleza como un valor autónomo no había llegado todavía”.

Pero vamos a ir leyendo algunos poemas de Jovellanos para certificar verdades incuestionables de su quehacer poético, para saber si nos encontramos ante un verdadero poeta.

Entre las **poesías amorosas** conservadas, Caso cree que no pasan de ser juguetes poéticos intrascendentes, llenos de todos los tópicos de la época, a los que Jovellanos no logra infundirles ninguna particular vibración. El mejor poema amoroso, en opinión de todos los críticos, es la primera versión de la *Epístola del Paular*. En la soledad de este monasterio cartujo de Santa María del Paular, situado en la madrileña sierra de Guadarrama, el poeta no es capaz de soportar la infidelidades de Gracia Olavide, su *Enarda*. La paz del convento le invita a encerrarse en él en busca del olvido, pero su corazón, lleno de amor y de deseo, le trae incesantemente la imagen de la mujer. Pide consuelo a la soledad del bosque y la naturaleza, como ocurre en la églogas de Garcilaso y en las odas de Fray Luis de León, justifica con dignidad su triste estado.

Les leo un fragmento de la primera de sus dos versiones de esta Epístola elegiaca que consta de 191 versos:

Busco por estos claustros silenciosos
el reposo y la paz *que mora* en ellos,
y sólo encuentro la inquietud funesta
que mi razón altera y mis sentidos.
Busco paz y reposo, pero en vano
los busco, oh dulce Anfriso⁶, que estos dones,
herencia santa que al subir al cielo

⁴ Gerardo Diego, “La poesía de Jovellanos”, Boletín de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo, 22 (1946), pp. 209-235

⁵ Juan Luis Alborg, *Historia de la literatura española, Siglo XVIII*, tomo III, Gredos, Madrid, 1985

⁶ *Anfriso* es José Agustín Ceán Bermúdez (Gijón, 1748 – Madrid, 1829), pintor, historiador y crítico de arte.

dejó a su prole el penitente Bruno,
 nunca en profano corazón entraron,
 ni a pecho esclavo del amor se dieron.
 Conozco bien que fuera de este asilo
 sólo me guarda el hado sinrazones,
 crudos desdenes, fieros desengaños
 susto y dolor; empero todavía
 a estar en él no puedo resolverme.

(O.C. I. p. 176)

La **poesía satírica**, primordialmente las dos *Sátiras a Arnesto*⁷, otorga a Jovellanos una importancia fundamental como poeta. La primera fue publicada en 1786 y no lleva título. Los críticos han propuesto el de *Sátira contra las malas costumbres de las mujeres nobles*, pues toda ella es un alegato contra el desorden sexual de la alta sociedad. Jovellanos sintetiza en una mujer, *Alcinda*, los vicios que desea mostrar, y describe sus desvergüenzas; para tales damas el matrimonio no es más que la patente del adulterio. Por eso no les importan los méritos del novio, y “el sí pronuncian y la mano alargan al primero que llega”, frase que dio pie a uno de los Caprichos de Goya.

Les leo un fragmento muy significativo de este poema:

Déjame, Arnesto, déjame que llore
 los fieros males de mi patria, deja
 que su ruina y perdición lamente;
 y si no quieres que en el centro obscuro
 de esta prisión la pena me consuma,
 déjame al menos que levante el grito
 contra el desorden; deja que a la tinta
 mezclando hiel y acíbar, siga indócil
 mi pluma el vuelo del bufón de Aquino⁸.

¡Oh cuánto rostro veo a mi censura
 de palidez y de rubor cubierto!
 Ánimo, amigos, nadie tema, nadie,
 su punzante aguijón, que yo persigo
 en mi sátira al vicio, no al vicioso.
 ¿Y qué querrá decir que en algún verso,
 encrespada la bilis, tire un rasgo
 que el vulgo crea que señala a Alcinda,
 la que olvidando su orgullosa suerte,
 baja vestida al Prado, cual pudiera
 una maja, con trueno y rascamoño
 alta la ropa, erguida la caramba,
 cubierta de un cendal más transparente
 que su intención, a ojeadas y meneos

⁷ Arnesto es José de Vargas Ponce (Cádiz, 1720 – Madrid, 1821), político, poeta satírico y erudito ilustrado. Fue también marino, autor de un Diccionario geográfico español.

⁸ Hace referencia al poeta satírico latino Juvenal, nacido en Aquino.

la turba de los tontos concitando?
 ¿Podrá sentir que un dedo malicioso,
 apuntando este verso, la señale?
 Ya la notoriedad es el más noble
 atributo del vicio, y nuestras Julias,
 más que ser malas, quieren parecerlo.

Hubo un tiempo en que andaba la modestia
 dorando los delitos; hubo un tiempo
 en que el recato tímido cubría
 la fealdad del vicio; pero huyóse
 el pudor a vivir en las cabañas.
 Con él huyeron los dichosos días,
 que ya no volverán; huyó aquel siglo
 en que aun las necias burlas de un marido
 las Bascuñanas crédulas tragaban;
 mas hoy Alcinda desayuna al suyo
 con ruedas de molino; triunfa, gasta,
 pasa saltando las eternas noches
 del crudo enero, y cuando el sol tardío
 rompe el oriente, admírala golpeando,
 cual si fuese una extraña, al propio quicio.
 Entra barriendo con la undosa falda
 la alfombra; aquí y allí cintas y plumas
 del enorme tocado siembra, y sigue
 con débil paso soñolienta y mustia,
 yendo aún Fabio de su mano asido,
 hasta la alcoba, donde a pierna suelta
 ronca el cornudo y sueña que es dichoso.
 Ni el sudor frío, ni el hedor, ni el rancio
 eructo le perturban. A su hora
 despierta el necio; silencioso deja
 la profanada Holanda, y guarda atento
 a su asesina el sueño mal seguro.

(O.C. I. p. 221)

No podemos continuar, y sí que merecería la pena comprobar cómo las nuevas ideas del serio magistrado van aflorando. Cómo se dirige a la Justicia y la increpa por dejarse sobornar y cómo un enciclopedista como él repugna los asertos de la vieja justicia que aceptaba la distinción de clases ante la ley. Por eso en el artículo 1º de la Constitución francesa del 3 de septiembre de 1791 se proclamaba que “los hombres nacen y permanecen libres e iguales ante la ley. Esta es la opinión de Jovellanos, y la expresa en esta sátira sin tapujos. Pero la expresa con su característico humanitarismo. No le basta afirmar que las mujeres nobles que hagan ostentación de su incontinencia deben ser castigadas de la misma manera que las mujeres públicas, sino que, además, señala los atenuantes que pueden tener estas últimas y que las primeras no podrán alegar jamás.

Antes de que se publicara la segunda sátira *Contra la mala educación de la nobleza*, en 1787, el Censor, periódico en el que ambas vieron la luz, incluyó dos cartas, firmadas

por “El Conde de las Claras”, que es probablemente seudónimo de Jovellanos. Primer problema que en ellas se plantea: el mal atacado ¿puede sanarse con la sátira? Sí, contesta; pero la sátira debe ser proporcionada a la gravedad del mal. Segundo problema: ¿se puede llamar bella una sátira que no produce el efecto deseado? No, contesta, porque su belleza depende de su utilidad.

“Como sucede en las obras de la Naturaleza, así sucede en las del arte: lo que las constituye hermosas o bellas, y aun buenas, es la aptitud, utilidad y conformidad respecto a un fin; y tanto más hermosas, más bellas serán, cuanto esta aptitud sea mayor o más perfecta” De esta manera, cree Jovellanos, que debe interpretarse la conocida sentencia de Boileau: “Rien n’est beau que le vrai” (“nada es más hermoso que lo verdadero”).

En la *Sátira contra la educación de la nobleza*, Jovellanos ya no se anda con paños calientes, porque los modelos reales pudieron entonces señalarse con el dedo. Su sátira se hace sangrienta y cruel, apunta de lleno a unas pocas personas para sacar los colores de su cara y también provocar la ira de algún noble encopetado. Acaso uno de los modelos vivos fuera el marqués de Torrecuéllar, que se sentaba al lado de Jovellanos en el Consejo de la Órdenes Militares, y que, según Alcalá Galiano era uno de los nobles más famosos por el traje de majo que con frecuencia vestía.

Conviene aclarar que Jovellanos no ataca a la nobleza por ser enemigo de ella. Es, al contrario, uno de los pocos defensores que le quedaban a la nobleza como clase social. Para él era necesaria social y políticamente, y por eso lo que le duele es que se haya hecho indigna del respeto de los ciudadanos e inhábil para representar su alto papel.

Los tiros de Jovellanos en la sátira van en dos direcciones: la del noble aplebeyado y la del noble afrancesado y degenerado.

Les leo dos fragmentos que corresponden a cada una de las direcciones que hemos señalado:

Contra el noble aplebeyado:

¿Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas
de pardomonte⁹ envuelto, con patillas
de tres pulgadas afeado el rostro,
magro, pálido y sucio, que al arrimo
de la esquina de enfrente nos acecha
con aire sesgo y baladí? Pues ése,
ése es un nono nieto del Rey Chico.

Si el breve chupetín¹⁰, las anchas bragas
y el albornoz, no sin primor terciado,
no te lo han dicho; si los mil botones,
de filigrana berberisca que andan
por los confines del jubón perdidos
no lo gritan, la faja, el guadijeño,
el arpa, la bandurria y la guitarra

⁹ *Pardomonte*: pardo ordinario

¹⁰ *Chupetín*: justillo o ajustador con faldillas pequeñas

lo cantarán. No hay duda: el tiempo mismo
lo testimonia. Atiende a sus blasones:
sobre el portón de su palacio ostenta,
grabado en berroqueña, un ancho escudo
de medias lunas y turbantes lleno.

Nácenle al pie las bombas y las balas
entre tambores, chuzos y banderas,
como en sombrío matorral los hongos.
El águila imperial con dos cabezas
se ve picando del morrión las plumas
allá en la cima, y de uno y otro lado,
a pesar de las puntas asomantes,
grifo y león rampantes le sostienen.
Ve aquí sus timbres, pero sigue, sube,
entra y verás colgado en la antesala
el árbol gentilicio, ahumado y roto
en partes mil; empero de sus ramas,
cual suele el fruto en la pomposa higuera,
sombrosos penden, mitras y bastones.

En procesión aquí y allí caminan
en sendos cuadros los ilustres deudos,
por hábil brocha al vivo retratados.
¡Qué gregüescos! ¡Qué caras! ¡Qué bigotes!
El polvo y telarañas son los gajes
de su vejez. ¿Qué más? Hasta los duros
sillones moscovitas y el chinesco
escritorio, con ámbar perfumado,
en otro tiempo de marfil y nácar
sobre ébano embutido, y hoy deshecho,
la ancianidad de su solar pregonan.
Tal es, tan rancia y tan sin par su alcurnia,
que aunque embozado y en castaña el pelo,
nada les debe a Ponces ni Guzmanes.
(O.C. I. p. 228)

Contra el noble afrancesado y degenerado:

¿Será más digno, Arnesto, de tu gracia
un alfeñique perfumado y lindo,
de noble traje y ruines pensamientos?
Admiran su solar el alto Auseva,
Limia, Pamplona o la feroz Cantabria,
mas se educó en Sorez. París y Roma
nueva fe le infundieron, vicios nuevos
le inocularon; cátales perdido,
no es ya el mismo. ¡Oh, cuál otro el Bidasoa
tornó a pasar! ¡Cuál habla por los codos!

¿Quién calará su atroz galimatías?
Ni Du Marsais ni Aldrete le entendieran.

Mira cuál corre, en polisón vestido,
por las mañanas de un burdel en otro,
y entre alcahuetas y rufianes bulle.
No importa: viaja incógnito, con palo,
sin insignias y en frac. Nadie le mira.
Vuelve, se adoba, sale y huele a almizcle
desde una milla... ¡Oh, cómo el sol chispea
en el charol del coche ultramarino!
¡Cuál brillan los tirantes carmesés
sobre la negra crin de los frisones!...
Visita, come en noble compañía;
al Prado, a la luneta, a la tertulia
y al garito después. ¡Qué linda vida,
digna de un noble! ¿Quieres su compendio?

Puteó, jugó, perdió salud y bienes,
y sin tocar a los cuarenta abriles
la mano del placer le hundió en la huesa.
¡Cuántos, Arnesto, así! Si alguno escapa,
la vejez se anticipa, le sorprende,
y en cínica e infame soltería,
solo, aburrido y lleno de amarguras,
la muerte invoca, sorda a su plegaria.
(O.C. I. p. 233)

En esta sátira el verso de Jovellanos es un instrumento finísimo y dúctil de censura. Las pausas, los cortes violentos del verso, los encabalgamientos, las frecuentes interrogaciones retóricas, la escasa adjetivación y la abundancia tan expresiva de sustantivos y verbos, el lenguaje tan directo y rico y si es necesario, vulgar, contribuyen a la terrible expresión del satírico. El fuego de la sagrada ira ha encendido todas sus palabras

Creía Jovino, varios años después de publicada, que nadie conocía esta sátira como suya. Pero acaso no fue así, y como dice, Ángel del Río, un ataque tan feroz y tan directo pudo ser una de las causas del ambiente hostil a Jovellanos, antes ya de su primer destierro en 1790. El noble aplebeyado y el noble alfeñique, el uno sin cultura y el otro con una cultura que le ha pervertido, tenían modelos vivos, pero fueron estilizados y caricaturizados. Los que se dieron por aludidos no le van a perdonar este descaro que va más allá de la ficción poética.

No puedo concluir este viaje apresurado por la poesía de Jovellanos sin detenerme en un aspecto que es tan relevante o más que los anteriores: el elevadísimo concepto personal que durante toda su vida tuvo de la amistad.

La profesora de la universidad de Oviedo, Elena de Lorenzo Álvarez¹¹, dedicó su tesis doctoral, que, en 2002, se convirtió en un libro impagable para conocer el modo de pensar de los escritores del siglo XVIII y, más allá de su manera de escribir, que también, su escala de valores éticos y morales. Un capítulo del libro lleva por título: “Amor al amigo”; es decir, a las constantes muestras de amistad que entre sí mantenían los escritores ilustrados. Para R. Sebold el sentimiento de amistad de la Ilustración era como un “amor platónico”.

“La lectura de estos poemas filosóficos que tratan del tema de la amistad – dice la autora- revela, más allá del tono festivo que este motivo presenta en la literatura rococó, del doloroso que las églogas manifiestan mediante el diálogo compasivo por los males amorosos o de la convencional introducción epistolar, un nuevo uso: la formulación de un nuevo tema literario, el de la amistad, mediante la vieja retórica amorosa y la configuración de dos variantes de un mismo tópico, el *amado amigo* y el *enamoramiento de la amistad*. De ahí la imagen del “dulce lazo”, que lleva al campo de la amistad una dependencia y una exclusividad impropias del ámbito de la amistad; la del amigo como la “mitad del ser” o la “mitad del alma”, que parte de Catulo y Horacio y a través de Montaigne y los ilustrados llegará hasta Goethe, quien a la muerte de Schiller escribe: “Pierdo a un amigo y con él la mitad de mi ser”; la ubicación de la relación de amistad en un *locus amoenus*; la imposibilidad de disfrutar de este espacio en soledad; las promesas de constancia; los adverbios temporales que implican eternidad; los ruegos de pronta comunicación; las apelaciones, los vocativos, los adjetivos posesivos... Todos estos recursos florecen espléndidamente en las cuatro epístolas que Jovellanos dirige a sus mejores amigos: a *Batilo* (el poeta, jurista y político Meléndez Valdés), a *Inarco* (el autor dramático Leandro Fernández de Moratín), a *Bermudo* (el historiador asturiano Juan Agustín Ceán Bermúdez), a *Posidonio* (Carlos González de Posada, canónigo de Tarragona, a quien escribió desde la prisión de Bellver).

Elijamos, como ejemplo, la *Epístola a Batilo*. Ya en la V Jornadas de Historia, celebradas del 25 al 27 de septiembre de 2008, tuve ocasión de hablar de la relación entre Jovellanos y Meléndez Valdés, en una comunicación que se titulaba “Meléndez Valdés y Jovellanos: una amistad en torno a la literatura”. Las palabras con que concluía aquella participación procedían de la *IIª Epístola de Meléndez dedicada a Jovino, el melancólico*

Todo, todo me deja y abandona.
La muerte imploro, y a mi voz la muerte
cierra dura el oído; la paz llamo,
la suspirada paz que ponga al menos
alguna leve tregua a las fatigas
en que el llagado corazón guerra;
.....
Ven, dulce amigo.

Quisiera recordarles el origen de estos versos. Meléndez Valdés estaba viviendo el peor momento de su vida, cuando a finales de 1808, presta juramento de fidelidad al rey José I Bonaparte y sufre esa trágica antinomia que desgarraba a muchos ilustrados entre sus sentimientos patrióticos y el convencimiento de que sólo bajo la dirección de una nueva dinastía podrían adquirir realidad los ideales de progreso y reforma, de libertad y

¹¹ Elena de Lorenzo Álvarez, *Nuevos mundos poéticos: La poesía filosófica de la Ilustración*, Universidad de Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII, 2002

modernidad que habían constituido la razón de sus vidas. Va a vivir Meléndez una dura experiencia personal. Se trata del suceso ocurrido en Oviedo el 19 de junio de 1808. Se produce un gran motín y un intento de linchamiento de cinco personas, miembros del Consejo de Castilla, enviados desde Madrid para sosegar a Asturias. Una muchedumbre había roto los cristales del consulado francés a pedradas, tras la entrada de las tropas francesas en España. Se trata de la primera sublevación organizada contra la causa napoleónica, en la que grupos de estudiantes recorren, el día 9 de mayo, las calles gritando “¡Viva Fernando VII! ¡Muera Murat!”. Atados a diferentes árboles en el Campo de San Francisco se les ocurre la feliz idea de que deben morir como cristianos y solicitan que se les permita siquiera confesar. Aquello iba a ser su salvación. Cuando esto sucede (los prisioneros volverán a sus casas en agosto de ese mismo año) Jovellanos está saliendo de su prisión de Bellver y se dirige a Gijón desencantado y enfermo. Desde Jadraque, el 12 de junio de 1808, Jovellanos escribe al ministro Piñuela que le ha informado de los sucesos de Oviedo: “El encargo de ir a pacificar a Asturias con que me honra la alta confianza es para mí muy lisonjero...mi único deseo es retirarme a morir en aquel país y si mi salud mejora no me detendré un momento en partir para Asturias a trabajar en su sosiego”

Hacia ya 26 años que Jovellanos había confirmado su amistad con Meléndez Valdés en el poema que le dedica: *Epístola V. A Batilo*, y que forma parte de la Carta II.^a de las *Cartas del viaje de Asturias*. La epístola está redactada en León, probablemente en el mismo convento de San Marcos:

EPISTOLA A BATILO

Verdes campos, florida y ancha vega,
 donde Bernesga pródigo reparte
 su onda cristalina; alegres prados,
 antiguos y altos chopos, que su orilla
 bordáis en torno, ¡ah, cuánto gozo, cuánto
 a vuestra vista siente el alma mía!
 ¡Cuán alegres mis ojos se derraman
 sobre tanta hermosura! ¡Cuán inquietos,
 cruzando entre las plantas y las flores,
 ya van, ya vienen por el verde soto
 que al lejano horizonte dilatado
 en su extensión y amenidad se pierde!
 Ora siguen las ondas transparentes
 del ancho río, que huye murmurando
 por entre las sonoras piedrezuelas;
 ora de presto impulso arrebatados
 se lanzan por las bóvedas sombrías
 que a lo largo del soto, entretejiendo
 sus copas, forman los erguidos olmos,
 y mientras van acá y allá vagando,
 la dulce soledad y alto silencio
 que reina aquí, y apenas interrumpen
 el aire blando y las canoras aves,
 de paz mi pecho y de alegría inundan.
 ¿Y hay quien de sí y vosotros olvidado

viva en afán o muera en el bullicio
 de las altas ciudades? ¿Y hay quien, necio,
 del arte las bellezas anteponga,
 nunca de ti, oh Natura, bien copiadas,
 a ti, su fuente y santo prototipo?
 ¡Oh ceguedad, oh loco devaneo,
 oh míseros mortales! Suspirando
 vais de continuo tras la dicha, y mientras
 seguís ilusos una sombra vana
 os alejáis del centro que la esconde.
 ¡Ah! ¿dónde estás, dulcísimo Batilo,
 que no la vienes a gozar conmigo
 en esta soledad? Ven en su busca
 do sin afán probemos de consuno
 tan süaves delicias: corre, vuela,
 y si la sed de más saber te inflama,
 no creas que entre gritos y contiendas
 la saciarás. ¡Cuitado!, no lo esperes,
 que no escondió en las aulas rumorosas
 sus mineros riquísimos Sofía.
 Es más noble su esfera:

(O.C. I. p.193)

En la Epístola a Batilo hay más que el entusiasmo por la belleza de un paisaje ecológico, porque también existe filosofía. Jovellanos invita al brillante catedrático de la universidad de Salamanca a cambiar la vana ciencia, la ambición, el lujo por aquel valle mágico que riega el río leonés.

Al pedirle a Meléndez que vaya con él a probar las delicias de la vega del Bernesga, Jovellanos no invita a su amigo a meros placeres sensoriales. Desde el primer momento le dice que “si la sed de más saber le inflama” no espere saciarla entre contiendas universitarias:

el universo
 es un código; estúdiale, sé sabio.
 Entra primero en ti, contempla, indaga
 la esencia de tu ser y alto destino.
 Conócete a ti mismo, y de otros entes
 sube al origen. Busca y examina
 el orden general, admira el todo,
 y al Señor en sus obras reverencia.
 Estos cielos, cual bóveda tendidos
 sobre el humilde globo, esa perenne
 fuente de luz, que alumbra y vivifica
 toda la creación, el numeroso
 ejército de estrellas y luceros,
 a un leve acento de su voz sembrados,
 cual sutil polvo en la región etérea;
 la luna en torno presidiendo augusta
 de su alto carro a la callada noche;

esta vega, estos prados, este hojoso
 pueblo de verdes árboles, que mueve
 el céfiro con soplo regalado;
 ésta, en fin, varia y majestuosa escena,
 que de tu Dios la gloria solemniza,
 a sí te llama y mi amistad alienta.
 Ven, pues, Batilo, y a su santo nombre
 juntos cantemos incesantes himnos
 en esta soledad.

(O.C. I. p.193)

En este poema Jovellanos le presenta al entonces jovencísimo Meléndez Valdés un programa de vida. En primer lugar, conocerse a sí mismo para llegar a la conclusión de que el fin del hombre es Dios; después subir hasta El por medio de las criaturas: “Admira el todo”, dice Jovellanos. Y esto acaso sea lo más importante de su visión del Universo: un todo compuesto de individuos, sometidos a un orden, obra de Dios: el cielo, el sol, las estrellas, la luna y la vega del Bernesga son elementos de ese todo, ante el cual no cabe más que reconocer la omnipotencia del Dios creador. Nunca olvidaría Meléndez Valdés, *Batilo*, las palabras de quien siempre consideró su maestro. Por eso en aquellos momentos de desesperación personal, cuando al eminente profesor de Gramática e ilustrísimo Fiscal de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte todo se le pone en contra, y la vida le parece un breve adiós, el verso *Ven dulce amigo*, no sólo es epifonema o estribillo de un poema ocasional. Es, sobre todo - así lo creo yo - la consideración más alta que cualquier escritor desearía merecer. Y esto es lo que pretendió Jovellanos, a través de la poesía, quizás su vertiente literaria menos visitada: darnos los versos que el corazón le dictaba en aquellos momentos, también los que se clavaban como dardos en una sociedad que él ayudó a entrar en la modernidad, y, desde luego, los que dedicó a tantos, en correspondencia a un afecto de amistad que perdurará siempre. Cada vez que los leamos.

por José Antonio Pérez Sánchez